

Vista del pabellón de Mónaco

PABELLÓN DE MÓNACO EN LA EXPOSICIÓN

El principado de Mónaco merecía bien un sitio aparte en nuestra grande Exposición. No podía, en efecto, figurar ni en las grandes Galerías industriales, ni en la Galería de las máquinas, sin desaparecer en esta inmensidad, y por eso hizo construir cerca del palacio de Bellas Artes un lindo pabellón, que por sí sólo merecería la atención del público.

No es que las bellas artes florezcan de una manera especial en Mónaco; antes bien se ha descuidado allí este estudio durante mucho tiempo, y los bellos frescos que adornaban el patio de honor del palacio hubieron de ser singularmente reparados, ó mejor dicho deteriorados por un embadurnador, que según creemos continúa todavía en el tranquilo goce y ejercicio de sus funciones.

Esta ruda y gallarda raza de los Grimaldi, con la cual ha venido á mezclarse, sin desnaturalizar su savia, una raza de bretones, los Goyon-Matignon, dió pruebas siempre de una habilidad consumada y de un valor indefectible para conservar entre tantos y tan poderosos vecinos ese rincón de tierra independiente, menos aún, una roca áspera y estéril.

El amor de la independencia hubo de implantar allí la vida, y poco á poco, entre la abrupta montaña y la mar azul, en aquella estrecha é inmensa zona de tierra, se abrió toda una eflorescencia. La riqueza fué allí también, y entre los rosales y los naranjos, las

palmeras y los eucaliptos, no hay ya bastante espacio para las casas y villas que surgen del suelo, como por encanto. Se corta la viva roca, se levantan terrazas, y cada cual se hace un sitio como puede, bajo aquel radiante clima, violentando la naturaleza y sin dejar improductiva una sola pulgada de terreno.

No sé de cuadro más curioso ni expresivo que el de aquella rada y sus dos promontorios, vistos desde las alturas de Condamina: por un lado el viejo castillo, los restos de una fortaleza, una ciudad estrecha y como aniquilada en sus muros, todo un pasado de luchas levantándose, el siglo xv aun de pie; por otro lado, Monte-Carlo, con su palacio babilónico y sus jardines siempre verdes, toda la vida moderna, con sus comodidades, su lujo, su abandono y también sus peligros.

¡Extraño contraste en tan breve espacio! dos extremos que se tocan sin confundirse. Aquí la libertad más absoluta; allá, autocracia de otro tiempo. Aquí el olvido de toda nacionalidad; allá vieja bandera monegasca, con sus soldados y todavía sus bombardas, de tal manera que no se puede pasar de un promontorio á otro, sin creer que se han salvado leguas y leguas y acaso muchos siglos.

Y sin embargo ¿quién sospecha la autocracia en aquella tierra de libertad, donde no hay impuestos ni quintas, donde el príncipe está ausente casi siempre y donde su presencia y dominación sólo se revelan por una bandera y por beneficios? ¡Singular flor del despotismo en medio de una tierra republicana y en pleno siglo xix!

Construir un pabellón que recordara de cerca ó de lejos el carácter del país y el aspecto moderno del principado no era cosa fácil. ¿Cómo assimilar elementos tan heterogéneos de suyo?

El arquitecto, sin embargo, salió bien de su empeño y debemos rendir homenaje á su ingenio y buen gusto. M. Ernesto Janty imaginó un conjunto juguetón, moderno, muy ornamentado y rodeado de fuentes, de estatuas, de palmeras, de eucaliptos, de olivos, de naranjos, de todas las producciones del suelo. Es un grande espacio flanqueado de cuatro pabellones cuadrados en los ángulos, y en los cuatro pabellones terrazas cubiertas á la italiana. Las fachadas están decoradas con frisos de azulejos del país y con tímpanos de mosaicos de dorado fondo.

¿Qué estilo es exactamente el de esta composición arquitectónica? No es francés ni



El sargento de Mónaco

italiano en su conjunto, ni antiguo, ni absolutamente moderno. Hay en él una cosa y otra, género simple y género compuesto; es, en una palabra, lo que representa el principado, un poco de todo y nada bien determinado.

El área está flanqueada interiormente de dos lados bajos separados de la gran nave por columnas y alumbrados por claraboyas guarnecidas de vidrieras. En el fondo, en medio del invernáculo, en un medallón de estilo Luis XIV, el busto de mármol del príncipe Carlos III, y á la derecha entrando, la fotografía del príncipe heredero, el duque de Valentinois.

Pero ¿qué puede expresar bien este Estado cuyo territorio es todo una mansión de placer ó de dulce ociosidad al sol, algo así como una lagartera? ¿Quién pues puede encontrar allí, espacio y tiempo para ocuparse en industria?

Los artistas. En hora buena: es el sitio de ellos en plena luz, y en él pueden soñar á sus anchas y elegir entre los azulados horizontes de la mar y el aspecto salvaje de la montaña, ó los juguetones motivos de pintura de género que se encuentran á cada paso en las calles, en los jardines y en las habitaciones.

Pero dicho se está que todo es raro aquí: lo que menos se encuentra son los artistas, y la industria tiene un puesto efectivo é importante en la exposición de Mónaco. ¿Qué queréis? siempre se quiere hacer aquello para que no se sirve. Ingres tenía muchas pretensiones en cuanto al violín, y Rossini en cuanto á la cocina.

Hay treinta y seis expositores en la sección de Mónaco, y digo treinta y seis como número real, porque podría uno engañarse, teniendo este número la especialidad, no sé por qué, de no decir nada. Se dice treinta y seis por un número cualquiera, y hay quien se jacta de tener treinta y seis razones para hacer una necedad, cuando no tiene más que una sola y es su fantasía.

Pero en fin, allí hay una lista de treinta y seis expositores; verdad es que la exhibición de trabajos marítimos y científicos del duque de Valentinois tiene cerca de la mitad del espacio total, y no hay que sentirlo, porque es ciertamente la más interesante.

Sabido es que el príncipe, embarcado á bordo de su yacht, la *Golondrina*, ha pasado largos meses de verano, por espacio de muchos años, estudiando las corrientes del Océano y el fondo de la mar en un inmenso triángulo cuyas puntas son el cabo de Finisterre, Terranova y las islas del cabo Verde, pasando por las Azores y Tenerife. Numerosas fotografías hechas por el príncipe recuerdan sus viajes y trabajos, y toda una serie de bocales ordenados en vitrinas nos dan á conocer los extraños animales que ha sacado del fondo de los mares ó de entre las rocas. Ya un cangrejo casi tan grande como una langosta, ya una oruga de mar con pelos sedosos y multicolores, bien un puercoespín, molusco, bien un pez con cabeza de perro dogo, ó arañas de mar y pólipos de todas clases, ó en fin diminutos cangrejos pescados en los fondos bajos del mar de Sargazo.

Pero lo que más nos llama la atención es el aparato inventado por el príncipe para sondear los fondos de mil quinientos á tres mil metros de profundidad. Rodeada de grandes pesos, desciende la sonda sostenida por un alambre de acero, que arrollado á una rueda, marca exactamente la profundidad de la sonda, y apoyándose ésta en el fondo tiene el escape del alambre, se desprende automáticamente de los pesos que quedan perdidos en el fondo de la mar y coge cierta porción de tierra, de arena ó de algas con que se pone en contacto.

Estos trabajos muy curiosos han sido ya presentados en el instituto, y muy en breve se ordenarán en un libro. De esto no podemos hablar sino muy superficialmente.

En cuanto á la industria del principado, está representada por la cerámica, la perfumería, marquetería, sombreros de paja, cestas bordadas, cosas todas estas que no son á propósito para llamar la atención. Sólo podemos hablar de los azulejos, y á pesar de sus vivos colores y sus flores bien destacadas, tampoco podemos decir gran cosa. Todo es pesado, empastado, vulgar y desprovisto de sentimiento artístico. La sociedad industrial, fundada por Mme. Blanc, nos parece que continúa los viejos procedimientos; está atrasada doce ó quince años, y esto es un siglo en nuestra época.

Antes de abandonar este pequeño palacio, mencionemos la exhibición de sellos antiguos expuestos por M. Saige, sabio archivero del principado. He aquí precisamente el primer tomo de los *Documentos históricos relativos á la historia de Mónaco*, impresa en el mismo Mónaco con solicitud admirable, en papel de Holanda y con las armas del príncipe. Esta publicación de los archivos del principado, ordenada por el príncipe, promete ser muy interesante y hace mucho honor al talento del escritor, no menos que á la ciencia de M. Saige.

Este primer tomo muestra las dificultades que tuvieron que vencer los Grimaldi en el siglo xv para salvar su diminuto principado de las codiciosas manos de los Sforzas y de los genoveses. Puede decirse en principio que los príncipes pequeños necesitan diez veces más talento para salvar su poder que los soberanos poderosos para aumentar sus Estados. La historia de los pequeños Estados alemanes es la confirmación de esta tesis.

En fin, los archivos particulares de los Goyon-Matignon, aun anteriormente á su advenimiento en sustitución de los Grimaldi, darán al público los documentos más interesantes sobre ciertos puntos de nuestra historia.

En cuanto á las riquezas de arte del palacio de Mónaco, fueron grandes antes de la revolución, que rompió y dispersó allí como en todas partes: lo que queda bien merece la atención; pero es muy poco, relativamente á la fortuna del príncipe.

Pero iba á olvidar á los artistas en esta pequeña exposición. Y es que no son numerosos. El busto del barón de Farincourt, hecho por un aficionado, el signor Stecchi, no deja de tener mérito; y señalaremos también de muy buena voluntad la Virgen que M. Cordier ha esculpido para la catedral de Mónaco, esa catedral que suscitó una verdadera querrela de campanario, y es seguramente notable por la pureza de su estilo romano.

Y no hay más. ¿A qué ocuparse en arte los de Mónaco, cuando no tienen más que dejar correr la vida para ser felices? ¡Hacer arte! ¡Qué niñería, en el país más delicioso del mundo! Y vemos aquí, escribiendo á la ligera estas notas, á la paradójica ciudad, con sus plataformas y bombardas, sus torreones y muros coronados de almenas y todo su aparato militar anticuado y repulsivo, suspendida pintorescamente por encima de la incomparable terraza, donde crecen al calor del sol los cipreses y los pinos, los aloes y los cactus de África. En este rincón de tierra ha habido pasos de tropas, dramas políticos y hasta revoluciones. Las salas del palacio y las viejas murallas se acuerdan acaso aun, pero la naturaleza no sabe ya nada, y la rica vegetación forma un cuadro poéticamente irónico á la feudal población, siempre de pie en medio de un paisaje encantador.

L. de MEURVILLE.

HISTORIA DE LA HABITACION POR M. GARNIER



M. Garnier descubre el oso de las cavernas



M. Garnier inventa los pediluvios



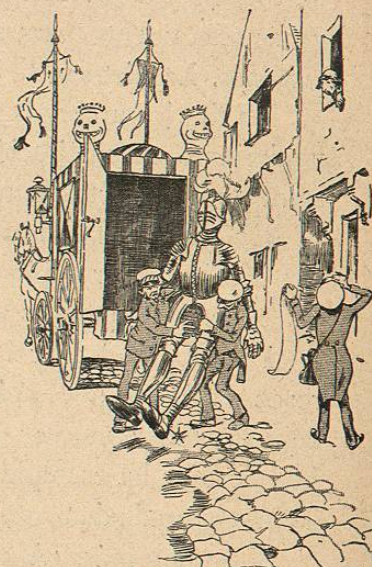
M. Garnier descubre el ascensor egipcio



M. Garnier inventa los anteojos hebraicos



M. Garnier introduce la baraja en Grecia



Trajes supuestos por M. Garnier



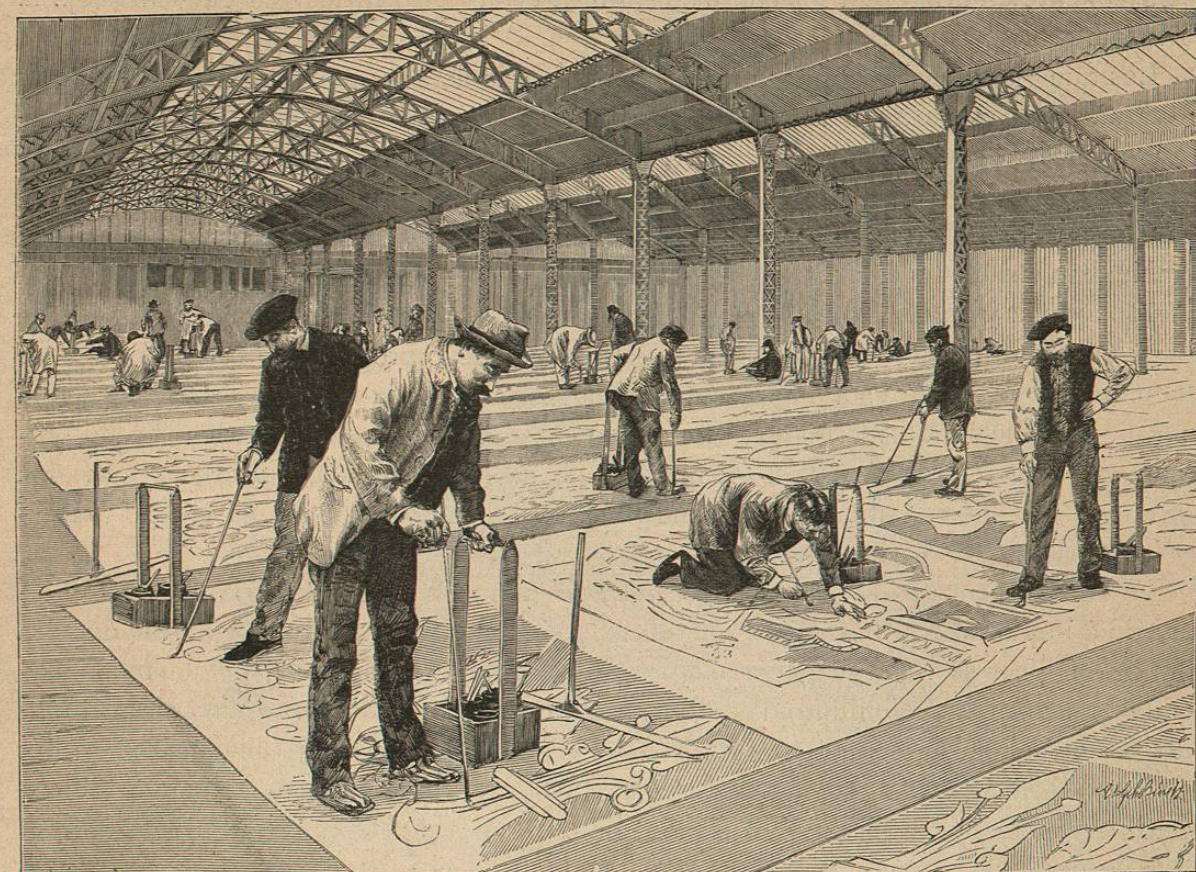
M. Garnier construye el Casino japonés



M. Garnier inventa la arquitectura azteca



M. Garnier dispuesto á inventar una ópera salvaje



Los decoradores

DECORADO DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL

Llámase *decoración* todo lo que añade á un objeto, á un edificio, á un monumento, etc., un adorno característico más ó menos rico, más ó menos raro, siempre adecuado á sus líneas generales y á su destino. El constructor suministra al decorador formas desnudas: toca al decorador crear un espectáculo. Para éste, todo viene á ser materia decorativa. Según su imaginación y las conveniencias de su asunto, empleará la cerámica ó el mosaico, el mármol ó el cristal, la madera ó los metales; hará intervenir la pintura y la escultura, se servirá de telas, flores y follajes, y para el reposo de la vista, hará subir blancos rizados de agua del seno de las fuentes ó hará llorar á sus ninfas hilos de líquidas perlas. Su fantasía hace uso de todos los procedimientos y de todas las sustancias.

¿Ha cumplido el programa que se había impuesto? ¿Ha sacado de sus procedimientos el mayor, el más ingenioso y feliz efecto posible? El espectador no puede exigirle más.

En lo que atañe á una Exposición universal principalmente, conviene dejar á los arquitectos en libertad absoluta. Verdaderamente, no concebimos para ellos más bello tema que el de preparar á tantas y tan brillantes producciones abrigos cómodos, pintorescos, de estilos variados y convenientes y unidos en su misma variedad por un pensamiento visible. Las dificultades son enormes: hay que hacer mucho y en grande y aprisa; economizar el espacio donde sea escaso; aprovechar un terreno mal situado, sortear una vecindad desventajosa, ¿qué sé yo? Todo el ingenio, en las Exposiciones universales, consiste